

MALDONADO

Duque de Rivas

Freeeditorial 

LA BORRASCA Y EL VOTO

Al puerto de la insigne Barcelona
dirígense triunfantes las galeras,
que de Aragón la gloria y poderío
de asegurar acaban en Bicerter,
donde, tornando el mar lago de sangre,
y las líbicas playas en hogueras,
en las playas y el mar desbarataron
del sarraceno aterrador las fuerzas.
Libre a Sicilia, a Nápoles, a Malta,
del yugo y de las bárbaras cadenas,
y seguros el Púnico y Tirreno
con la victoria de sus armas dejan.
Y tornan a la patria. Ya descubren
del altivo Montjuich la frente excelsa,
y lo saludan con fervientes gritos
de flámulas ornando las antenas.
Cuando, de pronto, el favorable viento,
que empujaba benéfico las velas,
dejando en ocio las cautivas chusmas
y en reposo las rojas palamentas,
su favor les retira. Desmayando,
ni el ancho seno de las lonas llena,
ni silba entre los mástiles robustos,
ni aun con el fácil gallardete ondea.
El mar, dormido en repentina calma,
laguna o claro espejo se dijera,
y como en la llanura están los pinos,

inmóviles en él las naves quedan.

Lento el sol a Occidente descendía,
su faz velando en vaporosas nieblas,
que el remoto horizonte confundiendo,
borró a la vista las cercanas tierras.

Después, entre enlutados nubarrones,
que desde el Sur a sepultarlo vuelan,
como cadáver que húndese en la tumba,
se hundió, dejando claridad siniestra.

Y al trasmontar las cumbres del ocaso
en una faja lívida y sangrienta,
un instante mostróse enrojecido,
lanzando al orbe una mirada horrenda.

Los pilotos y prácticos, temiendo
que aquella calma repentina fuera
presagio de durísima borrasca,
nuncio fatal de horrísona tormenta,
las jarcias y los mástiles requieren,
el velamen solícitos aferran,
y despertando a las ociosas chusmas,
«¡Bogad, bogad!», con alto grito ordenan.

Pues a fuerza de brazos y de remos
burlar el golfo engañoso intentan,
y conseguir tal vez a la mañana
saludar de Barcino las almenas.

Murió en breve un crepúsculo dudoso,
sin color y sin luz, y muerto apenas,
cielos y mares la espantable noche
envolvió en oscurísimas tinieblas.

Nada, nada se ve. Y en el silencio,
tan hondo y pavoroso, cual si muerta
y hundida del Criador en el olvido
ya se encontrara la creación inmensa,
sólo el compás de los movibles remos,
y el silbido del cómitre resuenan,
y el rumor sordo de la leve espuma,
y el agrio rechinar de las maderas.
A poco nace el ábrego, y en breve
crece, y, gigante, los espacios llena,
y zumba entre las nubes, y sañudo
se arroja al mar y por sus llanos vuela.
Y lo azota, y lo empuja, y lo entumece,
y revuelve y confunde sus arenas,
y en fantásticos montes lo levanta,
que se alzan y hunden, chocan y revientan.
Roncos retumban formidables truenos,
rasgan rayos trisulcos las esferas,
y a la luz de relámpagos horrendos
del espantoso caos se ve la escena.
¡Oh naves de Aragón desventuradas!...
¿Por qué los cielos su favor os niegan
en las iras del mar, si tan propicios
os lo acordaron en las crudas guerras?...
¡Cuál las empuja el huracán violento!
Ora al profundo abismo las despeña,
ora a las altas nubes las levanta,
las arrastra, y empuja, y hunde, y vuelca.
Ya las envuelven las bramantes olas,
ya en sus costados con fragor se estrellan,
de espuma levantando blanca nube,
que luego las inunda en lluvia espesa.

Mas no desmaya el generoso aliento
de los valientes de Aragón. Pelean
con el viento y la mar, cual pelearon
con la indómita furia sarracena.

Firmes en el timón los capitanes,
de pericia y valor dan larga muestra,
en roncas voces a la chusma animan,
con roncas voces lo que cumple ordenan.

Y obedecidos son. Crujen los cables,
los mástiles se encorvan, las antenas
gimen, los remos címbrense, y las proras
la espuma encienden y resurten sesgas.

Mas, ¡ay!..., cuando el Señor omnipotente
rompe con brazo airado las barreras,
cárcel de los furiosos elementos,
¿qué es el valor humano, qué es la ciencia?

Cada momento furibundo crece
el temporal, el huracán arrecia,
la mar sube a las nubes rebramando,
las sombras de la noche son más densas.

Ya resistir no pueden la constancia,
ni el valor, ni el saber. Rotas, dispersas
las naves, anegadas, sin gobierno,
sólo descanso en el abismo esperan,
cuando Pérez de Aldana, el almirante,
que, mal herido en la batalla fiera
que acaba de ganar a los infieles,
yace en un lecho, donde vive apenas,
en brazos de abatidos marineros,
que en él sus esperanzas tienen puestas,
sube al alcázar de su rota nave,

despreciando el turbión y la tormenta.
De un fúlgido relámpago a la lumbre
ve el estado infeliz de sus galeras,
reconoce que no hay más esperanza
que del Omnipotente en la clemencia,
y cayendo en la tabla de rodillas,
los mustios brazos trémulos eleva,
y en los golpes de mar todo empapado,
y dando al huracán la cabellera,
dice, en fe viva ardiendo: «Virgen santa,
lucero de la mar, del Cielo reina,
madre del Redentor, salva a tu pueblo,
salva las naves de Aragón, que llevan
»tu excelso nombre a los remotos mares,
tu santo culto a las remotas tierras,
y que la santa ley del Hijo tuyo
es el principio y fin de sus empresas.
»Hago voto solemne, ¡oh Virgen pura!,
si nos concedes tu piedad inmensa,
de ir en humilde y santa romería
de Monserrate a la enriscada sierra.
»Y colocar ante tu altar sagrado
y rendir a tu imagen como ofrenda,
de estas nuevas victorias los despojos,
del infiel debelado las banderas».

Y esforzándose más la salve entona,
que repiten mil voces. Y resuenan
entre el bramar del huracán sañudo,
el hórrido fragor de la tormenta,
el ronco hervir de la agitada espuma,
el rugir de las olas que revientan,

de la Madre del Verbo los loores,
que al Cielo encantan y al infierno aterran.

Y perdidas no fueron las plegarias.
Jamás se pierden, porque al Cielo llegan
las que a la santa Virgen se encaminan,
del afligido por la fe sincera.

Pues de pronto, rompiéndose las nubes,
lucero bienhechor la faz demuestra,
que aunque al punto se eclipsa y se confunde,
los pechos todos de esperanza llena.

Y no fue vana. El huracán violento
siente un mano firme, que encadena
sus negras alas, y la mar sañuda,
un poder superior que su ira enfrena.

Y aunque soberbios braman y reluchan,
y en su despecho con furor forcejan,
el mar humilla sus movibles montes
y el huracán se esconde en sus cavernas.

El negro manto de la noche horrible,
rasgado y roto por la mano excelsa,
que de Aragón ampara los bajeles,
deja a trechos brillar vagas estrellas.

Al fin, marca en Oriente albor confuso
una línea ondulosa verdinegra,
tras la que empieza la anhelada aurora
a dar de vida y paz al mundo señas.

Los negros fugitivos nubarrones,
que aún el espacio tormentoso llenan,
a su pesar se ven engalanados

de púrpura y de gualda con cenefas.

Y, aunque el sol no descubre su semblante,
su benéfica luz los aires llena,
y da al revuelto mar variados visos,
y las espumas férvidas blanquea.

Rota la inmensa bóveda de plomo,
ver la del cielo azul a trechos deja,
y todo anuncia próxima bonanza,
y que la ira de Dios se calma y templá.

Mas, ¡ay, en cuál estado el nuevo día
ve de Aragón las míseras galeras!

Dos desaparecieron. Las restantes,
que perdidas andaban y dispersas,
sin mástiles las unas, sin timones
otras, y todas a la mar abiertas,
por llegar donde ven la capitana
con los remos trabajan y forcejan.

Al cabo lo consiguen; animosas,
siguen el rumbo a los costados de ella,
con constancia y con arte dirigidas
por los hombres de mar que las gobiernan.

Y después de correr nuevos peligros
por el mísero estado en que navegan,
y porque el mar, aún cresco y borrascoso,
no ofrece a su anhelar segura senda,
al esconderse el sol en el ocaso
al puerto ansiado de la patria llegan,
y bendiciendo al Dios omnipotente,
con las pesadas áncoras se aferran.

LA ROMERÍA.- EL DESAFÍO

Entre colosos de piedra,
que con las nubes combaten,
y desde lejos parecen
los fulminados Titanes,
está un templo de María,
con su milagrosa imagen,
en las elevadas crestas
del fragoso Monserrate.

Conságranse fervorosos
a su culto en los altares
cenobitas, que renuncian
del mundo a las vanidades.

Y con duras penitencias
y con místicos cantares
la alta protección imploran
en favor de los mortales.

Y no en vano. En la capilla
labrada de hermosos jaspes,
los votos de plata y cera
milagros afirman grandes.

Veinte lámparas de azófar
tiene el retablo delante
y cien cándidos blandones,
que siempre fúlgidos arden.

Allí humildes van los reyes

a pedir que los ampare
en sus bélicas empresas
del Verbo eterno la madre.

Y allí tornan victoriosos
a rendirle el homenaje
de tesoros y cautivos,
de pendones y estandartes.

De todo el orbe cristiano
acuden a Monserrate
los dolientes y afligidos,
y nunca acuden en balde.

Pues parece que la Virgen
en derramar se complace
de sus gracias los tesoros
desde aquellos peñascales.

Mas nunca la concurrencia
es tan bulliciosa y grande
como en el solemne día
de su fiesta memorable.

Era, pues, llegado, y vense
(al esmaltar los celajes
del Oriente hermosa aurora,
que del mar vecino sale)
por los senderos del monte
estrechos y desiguales
subir apiñadas turbas
de los pueblos más distantes.

Y no sólo allí concurren
los devotos catalanes
y los fieles españoles
a venerar a la imagen,

que vienen de todo el mundo
peregrinos a millares,
y hasta herejes y paganos,
buscando alivio a sus males.

Ya suben en sus literas
princesas de regia sangre,
y en poderosos corceles
príncipes de alto linaje.

Señores de grande alcurnia
con escuderos y pajes,
y en sus mulas los prelados
seguidos de capellanes
y valerosos guerreros
por los riscos y jarales
trepan, ostentando altivos
armaduras rutilantes.

Y en gallardas hacaneas
doncellas de lindo talle
con repulgos y melindres
haciéndose interesantes.

Y las siguen y custodian,
escabechadas las carnes,
sus dueñas, que medrosicas
van temiendo despeñarse.

Y caballeros machuchos,
y perfilados galanes,
y un pueblo inmenso que hierve
y rebulle en todas partes.

De condiciones distintas
personas chicas y grandes,
de todo sexo y estado,
de todas trazas y edades,

suben la sierra anhelosas
juzgando que llegan tarde;
y se empujan y atropellan
por dar un paso adelante.

Ricos, pobres, peregrinos,
marineros, mozas, frailes,
niños, viejos y mujeres,
soldados y capitanes,
ciegos, mudos y tullidos,
leprosos, febricitantes,
endemoniados, convulsos,
paralíticos y orates;
gentes de todas naciones
con diferencia de trajes,
con diversidad de idiomas,
con distintos ademanes.

Y la confusión de lenguas,
que se difunde en los aires,
otra Babel la montaña
con extraño rumor hace.

Como en jardín la convierten
de mil colores brillantes
los penachos, y las cintas,
y los vistosos ropajes.

Contemplados desde lejos
los senderos ondulantes
atestados del gentío
que desde el profundo valle
con movimiento conforme
sube a las cumbres distantes,

ser dijéranse serpientes
bigarradas, colosales,
que girando entre los riscos
se encaramaban voraces
a devorar en las nubes
a las águilas caudales.

En medio de aquellas turbas,
entre confusión tan grande,
en una humilde camilla
sube enfermo y anhelante
a cumplimentar el voto
con que libertó sus naves,
el noble Pérez Aldana,
aragonés almirante.

Mal curadas sus heridas,
escaso de vida y sangre,
y con la horrenda borrasca
acrecentados sus males,
disfrazado de romero,
y tan otro su semblante
con la enfermedad prolija,
que no le conoce nadie,
va en hombros de marineros
sin séquito y sin bagaje,
como cumple a un penitente
y al voto que hizo en los mares.
Llega a la puerta del templo,
donde le acogen los frailes,
y colocan la camilla,

de la que no puede alzarse,
tras de un pilar del crucero,
desde do el enfermo alcance
a cubierto del bullicio
a ver las solemnidades.

Pues tan postrado y doliente
está, que así sólo es dable
el que asista a los oficios
y a Dios pueda encomendarse.

Ya un sol naciente de mayo
atravesaba brillante
de las altas vidrieras
los transparentes esmaltes.

Y en el alto campanario
sonoras voces al aire
daban los cóncavos bronces,
nuncios de festividades;
y ya el inmenso gentío
llenaba las anchas naves
del gran templo, do la misa
va solemne a celebrarse,
cuando un francés caballero
de escuderos y de pajes
servido, arriba, y penetra
con desenfado notable
la apiñada muchedumbre
hasta lograr colocarse
junto al pilar, do en su lecho
está el herido almirante.

Comiéntanse los oficios,
con la cruz y los ciriales
y su séquito y su mitra
revestido el abad sale.

Con torrentes de armonía,
con sonoras tempestades
el órgano estrepitoso
retumbar los cimbríos hace.

Vuelan las nubes de incienso,
embalsamando los aires.

Y escondiendo del retablo
las molduras y follajes.

Y el tal francés caballero,
sin que respeto le ataje,
y por ver más a su gusto,
cansado ya de empinarse,
en pie atrevido se pone,
insultador y arrogante,
sobre la humilde camilla
do Pérez de Aldana yace.

Este lo sufre un momento,
aunque le hierve la sangre;
mas cuando el otro le pisa
ya no tolera el ultraje.

Y entre los dos, en voz baja,
descompuestos los semblantes,
pasó el diálogo siguiente,
sin que lo advirtiese nadie:

ALDANA

Cuidad vos, el caballero,
lo que hacéis por distracción.
Guardad consideración
a un impedido romero.

FRANCÉS Basta, buen hombre; si vos
qué pie excelso os ha pisado
conocieseis, muy honrado
os creyerais, ¡vive Dios!

ALDANA Pues si a vos adivinar
os fuera dado quién es
éste en quien ponéis los pies,
¡por Dios!, que habíais de temblar.

FRANCÉS ¿Temblar yo?... ¡Temblar!... Insano,
soy duque de Normandía,
y a no estar aquí pondría
el pie en tu rostro villano.

ALDANA Yo desprecio tu blasón
y tu estirpe soberana,
porque soy Pérez de Aldana,
almirante de Aragón.

Y porque fuera gran mengua
profanar el templo santo,
¡vive Dios!, no me levanto
para arrancaros la lengua.

Mas juro de insulto tal,
si cobro mi muerto brío,
pediros en desafío
La reparación cabal.

FRANCÉS Os esperaré en París,
y dispuesto a todo estoy.

ALDANA ¡Ay de vos si a Francia voy!

FRANCÉS ¡Ay de vos si allá venís!

No hablaron más, porque acaso
la gente empezó a alterarse,
y era forzoso mesura
en lugar tan respetable.

El francés entre la turba
juzgó oportuno borrarse,
y al hacerlo, con enojo
le tiré a Aldana su guante.

- III -

LAS CHARLAS

La moderna Babilonia,
ese París turbulento,
que de espectáculos, farsas,
chistes, riñas y festejos,
francachelas y bullicios,
novedades, burlas, juegos,
de caprichos veleidosos
y de arrebatos funestos,
de virtudes las más altas,
de vicios los más horrendos,
fue siempre constante escena,
es, ha sido y será centro;
lo era ya el siglo remoto,
que hoy reproducen mis versos,
aunque reducido entonces
a límites harto estrechos,
sin ni aun soñar la grandeza
que le destinaba el Cielo,
y la moral importancia
con que hoy rige al Universo.

Y en agitación y pasmo,
y en confuso movimiento
lo tenía la llegada
de un español caballero,
que a retar viene animoso,
por ultrajes que le ha hecho,
el duque de Normandía,
y a empeñar a muerte un duelo.

En las calles y en las plazas,
en pórticos y en paseos,
en salones y talleres,
en las tabernas y templos,
mezquinos, lóbregos, rudos,
que no daba más el tiempo,
formando un París distinto
del magnífico que hoy vemos,
sólo se habla del combate
y se discurre del duelo,
circulando mil patrañas,
ponderaciones y cuentos.

Varias son las conjeturas
sobre el motivo secreto,
y el ultraje que ha lanzado
a tal paso a un extranjero.

Y se susurran amores
allá en muy remotos reinos
en que los dos personajes
rivales ardientes fueron.

Y aún hay fementidas lenguas
que hacen correr sin respeto
de ciertas princesas moras
los nombres y devaneos.

Quién se admira de que pueda
hombre haber de tal denuedo,
que medir quiera su lanza
con príncipe tan excelso.

Quién lo juzga desacato
a toda la Francia hecho,
y para aquel orgulloso
pide cumplido escarmiento.

Quién, que ofendido está acaso
por el duque o por sus deudos,
de modo distinto piensa,
y alégrese en sus adentros,
celebrando que haya un hombre
destinado por el Cielo
a castigar los desmanes
de príncipe tan soberbio.

Unos recuerdan del duque
las hazañas y el esfuerzo,
su valor en las batallas,
su destreza en los torneos;
y miran como seguro
y cantan ya como cierto
su triunfo en aquel combate,
como lo ha logrado en ciento.

Del duque exageran otros
juveniles desaciertos,
ponderando sus violencias,
abultando sus excesos.

Y en agrandar se complacen
exagerando los riesgos,
las ventajas sobre el duque

con que cuenta el extranjero.

Dicen que el recién llegado
es un hombre de provecho,
alto, robusto, fornido,
muy gallardo y muy resuelto.

Que trae corceles de guerra
de gran belleza y gran precio,
armas de exquisito temple
y muchísimo dinero.

Y los que dudan de todo,
por hacerse los discretos,
dicen, mostrando malicia,
que suele llamarse ingenio,
que acaso sea el desafío
mera farsa y embeleco,
embrollo de cortesanos
y burlas de palaciegos.

Que el tal retador pudiera
ser un francés embustero
que venga a buscar la vida
con patrañas y con cuentos.

Los que quieren ver en todo
algún prodigio o portentoso,
dicen, arqueando las cejas
y con aire de misterio,
que el lance estaba previsto,
y que debe ser funesto
según una profecía
de un gran astrólogo armenio.

Que ha asegurado un obispo
que el retador extranjero

viene armado de indulgencia,
y ya por el Papa absuelto;
que sus armas son morunas.
sospechosas en extremo,
como lo es también un paje
que trae vestido de negro.
Los que siempre se divierten
con cuanto ocurre de nuevo,
importándoles un pito
que sea malo, que sea bueno;
y que nunca indagan causas
ni predicen nunca efectos,
y en todo hallan ocasiones
de gresca, broma y bureo;
gente feliz y beata,
o envidiable por lo menos,
para la cual es la vida
agradable pasatiempo,
sólo del palenque hablan
que en San Dionís se ha dispuesto,
y de meriendas y bailes,
ceremonias y festejos;
y de las damas gallardas,
y de los trajes diversos,
y de cómo procurarse
en la estacada un buen puesto;
y alégranse, varios chistes
y equívocos repitiendo,
que recogen en corrillos
donde se trata del reto.
Y cuentan, con risotadas

de un envidiable contento,
mil historietas picantes
que circulan por el pueblo,
Todo es, pues, contradicciones,
ponderaciones, extremos,
y hasta se duda y discute
el origen del guerrero.

Asegúrase en un corro
que no es español, que es griego;
mientras en otro se afirma
que es lombardo, o que es bohemio.
Y sobre el nombre contienden,
aunque van todos de acuerdo
en pronunciarlo de modo
que nadie puede entenderlo.
Se acalararon disputas,
apuestas se propusieron,
y aún resultaron camorras
y otros desafíos nuevos,
Mas para pintar al vivo
lo que el París de aquel tiempo
del tal combate pensaba,
y charlaba del suceso,
referiré dos coloquios
de carácter muy diverso
que sobre estas ocurrencias
hubo casi al mismo tiempo:
uno en un salón ilustre
entre gente de alto vuelo;
otro en una vil taberna
entre gentuza del pueblo.

- IV -

EL SALÓN

-Buenas noches; ¿qué hay de nuevo?

-Hay ocurrencias notables.

Versos de una comedia.

En un salón no muy grande,
cuadrado y con alto techo,
do rudo ensamble mostraba
oscuro artesón de cedro,
dos ojivas sobre el río,
adornadas de arabescos,
por sus turbias vidrieras,
hechas de vidrios pequeños,
dejaban difícil paso
a los rayos postrimeros
de un sol poniente de otoño

con celajes encubierto.

Por las extensas paredes
de guerra y caza trofeos
de altas escarpas pendían,
o de armaduras de ciervos.

De mármol la chimenea
llenaba todo un testero,
timbres mostrando y follajes,
y bizantinos grutescos.

Y a otro lado campeaba
un oratorio pequeño,
de nácar, de concha y bronce,
primoroso por extremo,
do a la imagen de la Virgen,
de un arte perdido esfuerzo,
una lámpara de plata
daba amarillos reflejos.

De nogal duros escaños,
muy pulidos y muy tersos,
y unos sitiales enormes
ornaban el aposento.

Un gran bufete ochavado
estaba plantado en medio,
con un tapete de Persia
con borlones y con flecos.

En el bufete jugaban
a las tablas con sosiego
dos maduros personajes
de muy diferente aspecto.

Era el uno un conde ilustre,
de la casa amigo y deudo,

que en la Turena tenía
sus castillos y sus feudos.

El otro, un abad notable
por su astucia y su talento;
predicador de gran nombre
y en la Corte de gran peso.

Mientras estos dos jugaban,
allí cerca y en silencio,

en un gran sillón forrado
con un recamado cuero,

la señora de la casa,
de rostro grave y sereno,
de edad dudosa, y de porte
aristocrático y serio,

con las tocas de viuda
y monjil rico, aunque negro,
que daban mayor realce
a su distinguido aspecto,

atentamente hojeaba
un librito muy pequeño,
con manecillas de oro
y tapas de mucho precio;

manuscrito lindo y raro,
adornado con esmero
de brillantes miniaturas
y dorados arabescos,

que a la devoción brindaba,
y facilitaba el rezo
de las horas de la Virgen
y los Santos Evangelios.

Y si la dama apartaba

de él los ojos un momento,
o era para dar al conde
de una jugada el consejo,
o para en las controversias
propias de lances de juego
irse siempre de su bando,
y con tesón defenderlo,
lo que tal vez producía
de malicia un fino gesto
en el abad, que cortaba
de la fresca viuda el vuelo...

En el hueco de una ojiva,
donde le daba de lleno
la última luz de la tarde,
que expiraba por momentos,
ante un bastidor, sentada
sobre un cojín en el suelo,
estaba una linda niña
de veinte años no completos.

Delicada, blanca, pura,
de oro acendrado el cabello,
que en bucles y en anchas trenzas
bajaba a adornar el seno,
boca de perlas y rosas,
ojos del color del cielo,
y el total más expresivo,
y el conjunto más modesto.

Era Matilde, la hija
de la casa, el embeleso
de su madre y el encanto
de los amigos y deudos.

Bordando estaba un tapete
con emblemas y misterios
de la pasión, recamados
no sin destreza y acierto.

Y viendo borrados casi
del sol los últimos dejos,
y que la luz le faltaba,
fue su labor recogiendo.

A poco en la erguida torre
del contiguo monasterio
el Angelus anunciaron
de las campanas los ecos.

Y aquellas cuatro personas
ante el oratorio fueron,
do hincándose de rodillas
entonaron breve rezo,
de que dijo los latines
el noble abad, a quien luego
todos besaron la mano
con ceremonial respeto.

Dos pajes, ambos vestidos
de jalde, de rojo y negro
entraron. Y mientras uno
puso del bufete en medio
enorme velón de plata,
que iluminó el aposento,
cerró el otro las maderas,
los cortinajes corriendo.

El conde, el abad, la dama
a sus sillones volvieron,
y ésta a su devocionario
y los otros dos al juego;

y quedando en pie Matilde,
apoyó el cándido seno
de la madre en el respaldo
inclinado el rostro bello.

De afuera de la mampara
anunció una voz en esto
al señor barón, que alzando
el tapiz entró resuelto.

Era muy gallardo joven,
alto, delgado y bien hecho,
y quitándose la toca,
y el bigote retorciendo,
y sonando las espuelas
contra las losas del suelo,
con finísima elegancia
y porte de caballero,

a la señora viuda
saludó con gran respeto,
besóle al abad la mano,
dio la suya al conde viejo;
y con sonrisa graciosa
y particular afecto,
a la divina Matilde
hizo reverencia luego.

Ella de púrpura ardiente
dio esmaltes al rostro y pecho,
correspondiendo al saludo
con ademán muy modesto.

Mas tal vez un malicioso
pudiera haber descubierto
en las tímidas miradas

algún futuro himeneo.
Después de las cortesías
y forzosos cumplimientos,
aquellas cinco personas
este coloquio emprendieron:

- SEÑORA Decidme, noble sobrino:
¿cómo tan tarde venís?
- BARÓN Vengo ahora de San Dionís,
y está muy malo el camino.
- CONDE ¿Va el palenque adelantado?
- BARÓN Lo está bastante.
- ABAD ¿Y qué tal?
- BARÓN No me ha parecido mal.
- MATILDE ¿Y está con gusto adornado?
- BARÓN Magnífico es el dosel,
y los palcos y antepechos
aunque parecen estrechos,
no desdican nada de él.
Y pondrán, a lo que creo,
en los ángulos banderas,
tapetes en las barreras,
y en cada entrada un trofeo.
- MATILDE ¿Y es muy grande?
- BARÓN Grande asaz;
no sé los pasos que cuenta...;
pero, según aparenta,
de media Francia es capaz.
- ABAD ¡Y se llenará!
- BARÓN No hay duda.
A ver un lance de honor,
y de gloria y de valor,
no habrá francés que no acuda.

ABAD Yo siempre deploraré
tales lances; los cristianos
tan sólo con los paganos
deben lidiar por la fe.

SEÑORA ¿Conque sale a pelear
un duque de Normandía?

CONDE ¿Y juzgáis, señora mía,
que lo pudiera evitar?

SEÑORA ¡Un príncipe!

CONDE Es caballero,
y precisa obligación
el darle satisfacción
a un ofendido extranjero.

SEÑORA Sí, a cualquiera...

CONDE No a cualquiera.
Ese español campeón
almirante es de Aragón
y de la sangre primera.

SEÑORA ¿Y será ese caballero
de veras tal personaje,
o mintiendo nombre y traje
un vulgar aventurero?

CONDE Señora, trae de su rey
cartas y autorización;
es ricohome de Aragón,
caballero de alta ley.

BARÓN Probarme con él quisiera,
que al cabo es un extranjero
que viene, insolente y fiero,
insultar a Francia entera.

ABAD Pues yo no juzgo que Francia
tenga aquí nada que ver.

BARÓN ¿No es insultar su poder

esa extranjera arrogancia?

ABAD Es lance particular,
que ya los cristianos reyes,
aboliendo absurdas leyes,
debieran no autorizar.

BARÓN Cuando se toca al honor
ni el Papa mismo es capaz...

ABAD Yo soy ministro de paz;
vos..., un joven lidiador.

SEÑORA ¡Válgame Dios, buen sobrino!

BARÓN Perdón pido si hubo exceso.
En tal cuestión, lo confieso,
me acaloro y pierdo el tino.

CONDE Yo aplaudo este honroso medio,
y el que el español gallardo
en él busque sin retardo
de su honra herida el remedio.

BARÓN Pues no me gustara, a fe,
encontrarme en su lugar.
Temo que le ha de pesar.

CONDE Señor barón, ¿y por qué?

BARÓN Porque el duque es muy valiente,
nadie en destreza le alcanza,
y querer medir su lanza
es pretensión de demente.

CONDE Yo de su valor no dudo;
así más juicio tuviera,
y así su comporte fuera
más hidalgo y más sesudo.

BARÓN No deis crédito a rumores
de sus viles adversarios.

ABAD ¿Vos sois de sus partidarios?

BARÓN Le debo muchos favores.

CONDE Bien, no niego su valor;
mas también el almirante
goza fama relevante
de bravo y de justador.

BARÓN Le envidio sólo un corcel
que ha traído de su tierra.
¡Qué gran caballo de guerra!
No he visto otro mejor que él.

MATILDE ¿Es muy lindo?... ¿De qué pelo?...

BARÓN Es tordo rodado oscuro,
y las crines, de seguro
le descenden hasta el suelo.

MATILDE ¿Y viene al uso de España
vestido ese personaje?

BARÓN No le he visto; mas su traje
cosa debe ser extraña.

MATILDE ¿Trae mucho séquito?

BARÓN Sí.
Trae salvajes, y trae moros
y un paje negro.

SEÑORA ¡Qué horror!

MATILDE ¿Y es muy rico ese señor?...

BARÓN Cuenta que tiene tesoros

SEÑORA Vuelvo a mi tema: este lance
me tiene en gran desconcierto,
pues si es lo que afirman cierto,
me recelo algún percance.

ABAD ¿Qué afirman?

CONDE Un desatino.

SEÑORA Cuentan que estando en la cuna,
le anunció escasa fortuna,
en un duelo, un peregrino.

ABAD ¿A quién?...

SEÑORA Al de Normandía.
Y corre en todo París
que le dijo: «En San Dionís
veréis vuestro último día.»

ABAD ¿Es posible?...

SEÑORA ¿Por qué no?

CONDE Señora, eso es delirar,
y enrodado debe estar
quien tal patraña inventó.

SEÑORA ¿Pues qué? ¿Acaso no pudiera...?
Dígalo el señor abad.

ABAD Don profético, en verdad,
puede dar Dios a quien quiera.

SEÑORA Hay quien afirma también
que ese español atrevido,
con hierbas que ha recogido
en el campo de Belén,
logra hacerse invulnerable,
y que grabó en su armadura
palabra de la Escritura
un rabino detestable.
Y que ese negro bozal,
que dicen que trae consigo,
si no es el mismo enemigo,
puede ser otro que tal.

ABAD Entre guerreros cristianos
yo no admito tales cosas,
porque son pecaminosas
y propias de los paganos.

CONDE Ni un ricohome aragonés
usara supercherías.
Esas son habladurías

del vulgacho descortés.

BARÓN Si son ciertas nada importa,
porque del duque la espada,
con su valor manejada,
hasta los encantos corta.

SEÑORA ¿Y cuándo es el duelo?... Di.

BARÓN En la semana que viene.
Ya el duque padrino tiene.

CONDE ¿Y quién es?

BARÓN Montmorency.

MATILDE ¡Ay qué viejo!...

SEÑORA Viejo es.
Pero ha sido muy valiente,
muy galán y muy prudente,
y honra del nombre francés.

ABAD ¿Y del señor almirante?

BARÓN Según dicen, eligió,
y nuestro rey lo aprobó,
al buen duque de Brabante.

MATILDE Mamá, ¿nosotras iremos
a ver ese desafío?

SEÑORA Sin duda, aunque a pesar mío,
convidadas estaremos.

BARÓN Si Matilde allí faltara,
faltara la mejor flor.

SEÑORA Que muriera de terror
si sangre se derramara.

BARÓN Sangre, y mucha, debe haber,
que el desafío es a muerte.

ABAD ¿Pero el agravio es tan fuerte
que tal fin deba tener?

BARÓN Un pisotón..., bofetadas...,
una señora... No sé.

ABAD Cuentan que en la iglesia fue
CONDE Se dicen mil badajadas.
MATILDE Ojalá sea hermoso el día,
 y esté despejado el sol.
 ¿Quién vencerá, el español,
 o el duque de Normandía?
BARÓN Pues qué, prima, ¿lo dudáis?
MATILDE Yo imagino que el francés.
BARÓN Eso lo seguro es.
CONDE ¿Y si acaso os engañáis?
BARÓN ¿Queréis, pues, de amigo a amigo,
 aquel arnés de Milán
 en contra de mi alazán
 apostar aquí conmigo?
ABAD Ociosas apuestas son;
 lo que cumple averiguar.
 para poder presagiar,
 es quién tiene la razón.
 Al llegar aquí el coloquio
 los pajes lo interrumpieron
 presentándose en la sala
 seguidos de un escudero,
 y en sendas grandes salvillas
 circularon y sirvieron,
 lucientes tazas de plata,
 dorados fondos y cercos,
 llenas de caliente vino
 sabrosamente compuesto
 con mil y finas especias,
 que era el usado refresco.
 El barón alegre y joven,
 y el conde sesudo y viejo,

continuando la disputa
sendas tazas se sorbieron.

También el abad las suyas
se echó sin chistar a pechos,
y a la dama y a Matilde
agua sirvió el escudero.

En tanto sonó la queda
y el toque de «cubrefuegos»,
y haciendo galán saludo
los tres tertulios se fueron.

LA TABERNA

Hubo mientes como el puño,
hubo puños como el mientes,
diluvio de sombrerazos.
granizada de cachetes.
QUEVEDO.

Mientras esto sucedía
en el salón susodicho,
donde opiniones diversas
mis lectores han oído,
en un sitio retirado,
parte de aquel laberinto,
que aun visitan los viajeros,
como el París primitivo,
un sótano oscuro había
muy miserable y mezquino,
de que la puerta era puerta
y ventana a un tiempo mismo.

De la calle estrecha y sucia
una rampa o precipicio
al tal sótano bajaba,
por tener más hondo el piso.
Sus abolladas paredes
de verdín húmedo y frío,
de manchas, de enormes grietas
y de hollín nuevo y antiguo,
estaban entapizados,
aumentando lo sombrío,
lo triste y lo cavernoso
de tan repugnante sitio.

Amueblaban aquel antro
cuatro o seis mesas de pino,
dos toneles en el fondo
y un mostrador de ladrillo.

Y jarros de cobre, y tazas
de peltre, y vasos de vidrio
colgaban de gruesos clavos
por los postes y macizos.

Alumbraban todo aquello,
que el sol jamás había visto,
de una resinosa tea
los resplandores rojizos,
que ora envueltos en el humo,
ora espléndidos y vivos,
ora azulados y muertos,
siempre en unduloso giro,
luz mudable, incierta, daban,
raros fantásticos visos,
y aparente movimiento
a paredes y utensilios.

Un hombre de faz siniestra
y de muy pobre atavío,
pero atlético, robusto,
callado, astuto y ladino,
de la taberna era el dueño,
y hombre de pocos amigos;
bandolero cuando mozo,
y ratero cuando niño.
y que se pasó diez años
hacia atrás entretenido
en ser suplente del viento
y en hacerle a la mar chirlos.

De pechos echado estaba
soñoliento o discursivo
en el mostrador, cuidando
su palacio y sus dominios.

En derredor de una mesa,
con un gran jarro de vino,
y con tres tazas de peltre,
tres hombres tomaron sitio.

Era el uno un carnicero,
el otro un matón de oficio,
y el tercero era un lacayo
de un barón o de un obispo.

En otra mesa inmediata
a poco hicieron lo mismo
un hombre de armas machucho
y un lego de San Francisco;
y en la mesa más distante,
como huyendo del bullicio,
dos mujeres del mercado,
un muchacho y un esbirro.

Y entre estas nueve personas
se entabló, no sin ruido,
entre un trago y otro trago
el coloquio que transcribo:

CARNICERO Carne larga, ¡vive Dios!,
en San Dionís ha de haber.

LACAYO Fuera curioso de ver
el que murieran los dos.

CARNICERO ¡Ojalá!

MATÓN Gran tonto es
el duque de Normandía,

pues de su empeño saldría
fácilmente.

LACAYO ¿Cómo, pues?

MATÓN Encargándomelo a mí,
que he sacado a otros señores
de empeños harto mayores,
como es notorio.

HOMBRE DE ¿Tú?
ARMAS

MATÓN Sí.

HOMBRE DE ¿Qué has de haber sacado tú?
ARMAS

MATÓN Como al duque lo sacara,
si el duque me lo pagara.

LACAYO Lléveselo Belcebú.
No importara a nadie un pito,
pues no hay en el mundo entero
un señor más altanero,
más tacaño y más maldito.
Dos meses que lo serví
pasé muy amargos días,
y sólo bellaquerías
en aquel palacio vi.

MUJER 1ª Mientes, pícaro ladrón.

LACAYO Gracias.

MUJER 1ª Borracho, alevoso;
el duque es bueno y rumboso.

LACAYO ¿Contigo acaso, pendón?

MATÓN ¿Si querrá hacernos creer
que el duque es su enamorado?

MUJER 1ª ¿Y por qué no, desalmado,
si él es hombre y yo mujer?

LACAYO Esta una hermanilla tiene

guapita y de buen despacho...
 MUJER 1ª Calla, pícaro borracho.
 LACAYO Callo, porque te conviene.
 MATÓN Eso no es del caso; yo
 sólo repito que el duque
 prevenir debiera el truque
 buscando un hombre de pro.
 HOMBRE DE ARMAS El duque no necesita
 que ningún bravo le ayude,
 pues como nadie sacude
 al cuitado que lo irrita.
 Y ese español arrogante...
 CARNICERO No es español.
 ESBIRRO Sí lo es.
 HOMBRE DE ARMAS Lo veremos a sus pies
 destrozado y palpitante.
 MUJER 2ª Se ve que no lo habéis visto,
 como yo. Es un hombretón
 más fornido que un Sansón,
 y buen mozo, ¡vive Cristo!
 MUJER 1ª ¿Buen mozo, y español? ¡Bah!
 un judío..., un sarraceno...,
 muy velludo, muy moreno...
 Buen mamarracho será.
 MUJER 2ª ¿Mamarracho?... Ya te dieras
 en el pecho con un canto
 si te mirara.
 MUJER 1ª ¡Qué espanto!
 MUJER 2ª En esa que tú te vieras.
 Y muchísimo dinero
 y joyas que trae consigo.

MATÓN ¡Joyas! ¡Dinero!... Amigo
 me haré de su posadero.

ESBIRRO ¿Para qué?

MATÓN Para guipar
 con alguna sutil treta
 dónde pone la maleta...

ESBIRRO *(Poniéndose en pie).*
 No lo puedo tolerar.
 Soy ministro de Justicia,
 y al punto debo prender
 a quien osa cometer
 robo con tanta malicia.

HOMBRE DE Déjalo.
ARMAS

MATÓN ¿Y quién ha robado?

LAS DOS MUJ Dejadlo, que esto es hablar.
ERES

ESBIRRO Me va un cuartillo a pagar,
 o va a la cárcel atado.

LEGO Mi hábito lo ampare; basta.

ESBIRRO ¿Y la multa?

LEGO Basta, amigo.

ESBIRRO *(Sentándose).*
 Siempre quedan sin castigo
 los pájaros de esa casta.

CARNICERO Basta, y unidos bebamos,
 y renazca la alegría,
 que por una niñería
 no es bien que nos desunamos.

MUJER 1ª *(Brindante a todos).*
 ¡Viva el duque!

LEGO ¡Viva!

HOMBRE DE ¡Viva!

ARMAS

MUJER 2ª Quien vivirá es el guerrero
que viene gallardo y fiero
a domar su furia altiva.

LEGO Será lo que quiera Dios.

CARNICERO Por mí, que haya sangre, y mucha;
que sea terrible la lucha,
y que allí queden los dos.

LEGO Del duque es gran protector
mi buen padre San Antonio.

HOMBRE DE Y puede lo sea el demonio
ARMAS del osado retador.

ESBIRRO Puede ser.

MUJER 1ª Lo es de seguro.
¿No habéis visto aquel lacayo
que trae con un negro sayo
y el semblante tan oscuro?
Pues es..., es...

LEGO ¿Un familiar?

MUJER 2ª Eso. Y dicen que allá un moro
le vendió a peso de oro
el peto y el espaldar.
Y que un sabio encantador
la lanza le ha regalado.

LEGO Y cuentan que endemoniado,
estuvo el año anterior.

CARNICERO ¡Jesús!... ¿Y no le sacaron
los espíritus?

LEGO Sí, allá
en su tierra; mas quizá
dentro alguno le dejaron.

Por eso tiene tal brío,
y es así tan quimerista.

MUJER 2ª Y no habrá quien le resista

CARNICERO Mas ¿por qué es el desafío?

MUJER 1ª Por una princesa mora.

MUJER 2ª ¿Qué mora...? Si era judía.

LACAYO Mi amo dijo el otro día
que era por una señora,
de allá..., de allá... muy distante,
que encantada, o cosa tal,
en una urna de cristal
la tiene un gran nigromante.

MATÓN Fue una disputa de juego;
al español cogió el duque
haciéndole un falso truco,
y se puso de ira ciego.

HOMBRE DE ¿Piensas que el duque, cual tú,
ARMAS
va a meterse en los garitos?

MATÓN Disfrazado en infinitos
lo he visto, por mi salud.

HOMBRE DE ¡Lo que ve el vino!
ARMAS

MATÓN Capaz
con vino y sin vino soy.

HOMBRE DE Que ya amoscándome voy
ARMAS

TODOS Caballeros, haya paz.

MUJER 1ª Pues yo al tramposo bribón,
sin andarme en desafíos,
cortado hubiera los bríos
plantándole un bofetón.

CARNICERO Los retos son tonterías,

invención de cortesanos,
por no venir a las manos
y arreglarlo en cortesías.
No así la gente villana:
tras el insulto el castigo,
sin dejar al enemigo
que lo piense hasta mañana.

MUJER 1ª A ver el combate iremos.

MUJER 2ª De seguro.

LACAYO Y aunque arda
cada golpe de alabarda,
aguantarlo, y entraremos.

LEGO Guardas y arqueros burlar
sé yo con destreza mucha.
Llego, calo la capucha,
digo: «Deo gratia», y a entrar.

MATÓN ¿A que impido yo la fiesta,
y todo el gran aparato
aniquilo y desbarato?
¿Quién formaliza una apuesta...?

MUJER 1ª No lo hagas, no.

HOMBRE DE
ARMAS No lo hará.

MUJER 2ª No nos agües la función.

MATÓN Vaya, me dais compasión;
la fiesta no faltará.

ESBIRRO ¿Y qué pensabas hacer
para la fiesta impedir?

MATÓN Os lo voy a descubrir,
pues que apuesta no ha de haber.
Cuando marchara a la liza
ese retador ufano,

le metiera yo la mano
y le diera una paliza.

LACAYO ¿Y sus pajes y escuderos?

MATÓN Esgrimiendo yo el montante,
no me quedaba un tunante
de esos viles extranjeros.

MUJER 2ª Mira que diz son salvajes,
y unos moros muy feroces,
que dan bocados y coces,
y que hacen muchos visajes,

LEGO Y allá en las tierras de España
ha visto mi guardián
gigantes bárbaros tan
altos como una montaña.

MATÓN Pues quisiera verlos yo.

ESBIRRO Pues yo no quisiera verlos.

CARNICERO Ni yo, amigos, mantenerlos.
(Al Hombre de armas).

¿Los habéis vos visto?

HOMBRE DE ARMAS No.

Y eso que he corrido tierras
y regiones muy distantes;
mas nunca he visto gigantes,
ni en las paces ni en las guerras.

MUCHACHO Pues aquí están ya. Y no deja
a mi hermana la abuelita
salir, porque, ¡pobrecita!,
no se la coman.

HOMBRE DE ARMAS ¿La vieja
los ha visto?

MUCHACHO Los ha visto.

La otra noche, ya muy tarde.
MUJER 1ª De ellos el Cielo nos guarde.
LEGO Ampárenos Jesucristo.
MUCHACHO Dice mi abuela que son
como torres, y que un niño
se manducan sin aliño,
cual si fuera un chicharrón.
MUJER 2ª ¡Jesús! ¡Jesús!
MATÓN Yo una vez
uno maté en Berbería
que unas cien varas tendría
y negro como la pez.
HOMBRE DE ¿Y era de veras gigante,
ARMAS
o era un tonel de buen vino?
MATÓN Poniéndome voy mohíno
al veros tan insultante.
Y con el bigote cano
y esa reserva, también
se achispa el hombre de bien
como otro cualquier cristiano.
Y si él gigantes no vio,
no le fue posible verlos,
porque tan sólo de olerlos,
de puro miedo cegó.
HOMBRE DE *(En pie).*
ARMAS
Infame, ¿qué es lo que dices?
TODOS *(Levantándose).*
Haya paz.
HOMBRE DE No me alborotes.
ARMAS
MATÓN *(En pie).*

Ya me queman los bigotes
y me pican las narices,
Y a cuatro pasos de aquí
no me dijera...

HOMBRE DE
ARMAS Gran tuno,

¿te atreves...?

MATÓN Es que ninguno
me moja la oreja a mí.

HOMBRE DE
ARMAS Pues a mojártela va

este jarro en nombre mío.

MATÓN Y ese tu caduco brío
esta mesa aplastará.

Y diciendo de este modo
y casi al instante mismo,
el jarro y la mesa andaban
por el aire dando brincos,
Tras el mostrador metióse
el muchacho, más que asilo,
buscando alguna cosuela
que meterse en el bolsillo.

El carnicero, furioso,
le dio al fanfarrón auxilio
con una enorme cuchilla
que llevaba atada al cinto.

Al lado del hombre de armas
entró en la lucha el esbirro,
formándose una trinchera
con las mesas y banquillos.

El buen lego y el lacayo
se fueron más advertidos

a retozar con las mozas,
que en un rincón daban gritos.

Mas hallaron con sorpresa
que en lugar de recibirlos
como a guardas de sus honras,
y de sus prendas padrinos,
con las uñas afiladas
y con feroces mordiscos
los recibieron, pues eran,
no mujeres. sino grifos.

El tabernero, furioso
de ver armado tal cisco,
a pescozones en vano
calmar la contienda quiso.

Vuelan las mesas y tazas,
suenan voces, danse aullidos,
maldiciones y blasfemias
ensordecen el recinto.

Se hieren y se magullan,
se desgarran los vestidos
se contunden, se martillan,
con sangre riegan el piso.

Y era aquel antro asqueroso
un cueva del cocito,
un horrendo pandemónium,
un retrato del abismo.

Cuando apareció la ronda,
se bebió de balde el vino,
sacó una multa en dinero
al dueño del domicilio,
y repartiendo moquetes

se llevó a aquellos mosquitos
a que durmiesen la mona
al arrullo de los grillos.

- VI -

LA LID

Ya los caballos relinchan,
ya rompen por todo el campo.
ya las lanzas son astillas,
ya los arneses bollados.

Romancero general.

Era una hermosa y plácida mañana
de fresco otoño, que ubertoso y grato
del Sena los contornos engalana
con parda pompa y con vistoso ornato;
y el sol desde celajes de oro y grana,
de su imperial dosel rico aparato,

torrentes derramó de lumbre pura
de San Dionís por la feraz llanura.
Y esclareció con ricos resplandores
el cerrado palenque y ancha liza,
donde van a probar los justadores
el temple que sus nombres eterniza.
Repartando cambiantes y colores
sobre el trono potente, que autoriza
el campo, circundado de banderas,
gradas, trofeos, palcos y barreras.
Se agita en torno la apiñada gente,
burlando del arquero la amenaza,
pues que la turba indómita y creciente
inunda pronto la extendida plaza,
Y vase acomodando inobediente
do puesto encuentra o de adquirirlo traza,
y llega sin cesar nuevo gentío
anhelando encontrar puesto vacío.
Mas ya lo encuentra apisonado todo,
y del retardo con despecho brama.
Ni oro ni fuerza logran acomodo,
ni aun miramiento seductora dama.
Por fuerza tiene que avenirse a todo,
si alguno en los pilares se encarama,
los más en grupos apretados quedan
do el rumor escuchar al menos puedan.
Ya en los palcos señoras y señores,
con ropajes espléndidos de gala,
forman como un jardín de varias flores,
que el amoroso céfiro regala;
y relámpagos dan y resplandores
las ricas joyas donde el sol revela,

en pechos, puños, talles y cabezas,
ostentando a la par gusto y riquezas.
Las barreras, las gradas, los tablados,
una masa uniforme presentaban
de cabezas y cuerpos apiñados,
donde algunas bellezas resaltaban.
De trecho en trecho, arqueros apostados,
el más leve desorden atajaban,
y confuso rumor y gritería
por el espacio cóncavo cundía.
Cuando de trompa bélica el aliento
la atmósfera purísima asordando,
dándole voz al sosegado viento
y en los vecinos montes retumbando,
que llega el rey para ocupar su asiento
al gran concurso anuncia, que anhelando
de su lealtad manifestar la llama
con mil «¡vivas!» y mil su nombre aclama.
Entra el rey con el manto y la corona,
el cetro augusto en su derecha brilla,
y apoyado en el conde de Narbona,
grave se asienta en la elevada silla.
En derredor acatan su persona,
doblando al acercarse la rodilla,
los príncipes, los condes y los pares,
con ricas vestes, cotas y collares.
Treinta armígeros fórmanse delante
del real balcón para decoro y guarda.
El sol refleja puro y rutilante
en una y otra fúlgida alabarda.
Y un heraldo publica en voz tonante
que el bullicio y confusa zalagarda

vence, las contratadas condiciones
y de entrambos guerreros los blasones.
Mas cuando queda mudo el gran gentío
fue al ver bajar, pausados, a la arena
a los jueces del campo y desafío,
por ver si está de oculto engaño ajena.
Es el de más edad y menos brío
el respetable conde de Turena;
el otro, el duque de Nemur, sesudo,
que aún puede manejar lanza y escudo.
Y después que el terreno aseguraron
con público solemne juramento,
reverenciando al rey, se retiraron
para ocupar su distinguido asiento.
Y trompas y timbales anunciaron,
y pónese el concurso en movimiento,
que a esperar, cual retado, ya venía
el duque y poseedor de Normandía.
El pecho palpitó del soberano,
era padre también, y dio al semblante
ligera palidez, que quiso en vano
tiranizar la majestad radiante;
el portillo que estaba a diestra mano
ábrese, y el concurso palpitante
clava la vista en él, y espera ansioso
la llegada del duque valeroso.
Entran en la estacada dos maceros
de la Casa real, y en pos venían
doce antiguos y nobles caballeros
con arneses que al sol resplandecían;
con caballos altísimos y fieros
que gualdrapa y penacho embellecían,

siguen los ecos de un clarín sonoro
y arbolan un pendón con lises de oro.
De dos en dos y en orden ocho pajes
en seguida pasaron la barrera,
todos de nobles casas y linajes,
brillando en todos juventud primera,
en sus pintadas plumas y en sus trajes
pudiera hallar la varia primavera
nuevos matices, tintas y colores
con que esmaltar sus predilectas flores.
En dos negros corceles de pelea,
de cuerpo esbelto, sí, pero membrudo,
dos escuderos con azul librea
llevan uno la lanza, otro el escudo.
Aquella en cuyo hierro el sol chispea,
prenda es de brazo guerreador forzado,
y cinco lises de relieve en oro
son del escudo azul noble tesoro.
Y llevando a su diestra en un overo
al gran Montmorency (que se titula
de barones cristianos el primero,
y con tal mote su blasón rotula)
en un normando pisador ligero,
cuya tendida crin al viento ondula
y a cuya planta el suelo se estremece,
el duque, altivo, armado resplandece,
Lleva en oro listada la armadura
y encima ostenta, de color celeste,
con armiños y rica bordadura,
una elegante y suelta sobreveste.
Péndele del arzón o la cintura
para que ayuda en la ocasión le preste,

al lado opuesto de la espada noble,
ferrada maza ponderosa y doble.

Un soberbio penacho, que se mece
orgullosa en la altísima cimera,
azul y jalde, matorral parece,
que es de un gigante risco cabellera.

Abierta la celada comparece
la faz adusta, desdeñosa y fiera,
boca anhelante, los bigotes rojos
y con brillo satánico en los ojos.

Porque del rey es hijo lo saludan
mezquinos lisonjeros cortesanos,
y algunos demostrando que no dudan
de su triunfo lo aplauden con las manos,

Las mejillas de nuevo se demudan
del rey, y aun tiemblan sus cabellos canos,
la caterva silencio guarda esquivo,
que no era popular el duque altivo.

Este, después que reverente acata
a su padre y señor, manda despeje
la pomposa y lucida cabalgata,
y que la liza desocupe y deje,

Tranquilo la visera cierra y ata,
pide a Montmorency que no se aleje.

La lanza empuña y címbjala forzudo.
Toma y embraza el rutilante escudo.

A la parte siniestra se oye en esto
bullicio popular, que da el alerta
a cuantos tienen en el circo puesto,
y tornan sus miradas a la puerta.

Sonoras trompas anunciaron presto
que el retador a la estacada abierta

llega; el concurso en inquietud lo aguarda
e impaciente imagínase que tarda.

Entran «¡Viva Aragón!» roncós gritando,
sin que entenderlos sepa el gran gentío,
catorce almogávares, ostentando
continente feroz y extraño brío,
y el estandarte de Aragón alzando,
de quien el orbe acata el poderío.

Pasman a todos su apostura y gesto,
su raro traje y su marcial apresto.

Cubren sus cuerpos recios y membrudos,
en vez de floja malla o armadura,
pieles hirsutas de animales rudos,
que ciñe tosco hierro a la cintura.

A mengua tienen el usar de escudos,
Liso casco sin cresta ni moldura
llevan en la cabeza relevada;
sus armas son tres dardos y una espada.

Después, en seis corceles andaluces,
entran seis nobles jaques agarenos,
con plumas de africanos avestruces
en los turbantes de joyeles llenos.

Terciados los gallardos albornuces,
rigen con gracia tal los blandos frenos,
que arrebataron a la turba inmensa,
pues aplauso sonoro les dispensa.

Del almirante Aldana eran vasallos,
pagándole tributo como a dueño.

Y él por hacer alarde o por honrallos,
los trae de escolta al peligroso empeño.

En dos fuertes bellísimos caballos:
el uno, flor de lino; otro, peceño,

la lanza un paje trae, de hierro agudo,
y el otro, sin blasón un liso escudo.

De un paje es escarlata la librea;
del otro, es toda negra, y es el mismo
que ha dado margen a la extraña idea
de ser un mensajero del abismo.

Y no falta en la turba alguien que crea
que fuera conveniente un exorcismo.

Y cunden conjeturas y temores
no sólo entre la plebe, entre señores:

Llega por fin, y a su derecha mano,
como padrino, el duque de Brabante,
que el freno rige de un corcel germano,
el noble retador, el almirante.

Un tordo cordobés, fino, lozano,
fugoso, ligerísimo, arrogante,
y. cuya crin al casco descendía,
rige y gobierna con marcial maestría.

Sobre un sayo de cuero un coselete,
lleva, y todo el arnés empavonado.

Con un bilbilitano capacete,
de rojas plumas el crestón ornado.

Demuéstrase destrísimo jinete,
y con banda de púrpura va honrado,
que indica entre los cargos militares
la dignidad suprema de los mares.

También sacaba en alto la visera,
y tostado del sol muestra el semblante,
pardos los ojos, negra cabellera;
la mirada segura y centellante,
negros bigotes, la expresión severa;
mas no descomedida ni arrogante;

toma el escudo y la fornida lanza
y a saludar al rey piafando avanza.
Cálase la visera, y se retira
su séquito, quedándose el padrino.
A su contrario sin desprecio mira.
Todo lo espera del favor divino.
Respeto su presencia noble inspira,
y a su pesar la multitud convino
en que era el español fuerte guerrero
y gallardo y cumplido caballero.
De nuevo a la estacada descendieron
los respetables jueces, las corazas
y las lanzas y espadas recorrieron
frenos, escudos y temibles mazas.
Diligentes después el sol partieron,
y ambos contrarios sus distintas plazas
ocupan, donde esperan que la trompa
tocando a arremeter los aires rompa.
En helado silencio el circo queda.
Ni respirar en rededor se escucha,
no hay quien disimular el pasmo pueda:
la duda es grande, la ansiedad es mucha.
El rey, sin que al temor de padre ceda,
al cabo manda comenzar la lucha;
mas al tender el cetro soberano,
temblor ligero se advirtió en su mano.
Al grito del clarín los combatientes
vuelan al centro de la extensa plaza,
pues de entrambos caballos los latientes
ijares, ruda espuela despedaza.
Embístense feroces los valientes,
y en una y otra fúlgida coraza

los fulminantes hierros resbalaron,
y de nuevo veloces se alejaron.
Revuélvense los dos ardiendo en ira;
el cordobés tordillo es más ligero,
con más presteza el almirante gira,
y encuentra de soslayo al duque fiero,
y crudo bote con su lanza tira
tan firme, tan seguro, tan certero,
que un lirio de oro le arrancó sañudo
de los cinco que ostenta en el escudo.
Debió quedar del golpe satisfecho,
pues aunque el duque en el gorjal le hiere,
otra vez a su escudo va derecho,
y otra lis, de su lanza al golpe, muere.
Brama el francés de cólera y despecho,
y por más que vengar la afrenta quiere,
dos lises más dio a Aldana la fortuna,
y en el broquel no queda más que una.
Del rey de Francia abochornado el hijo
al mirar su blasón tan malparado,
la suerte adversa con furor maldijo
y venganza juró desconcertado.
Ronco, «Probemos las espadas», dijo;
y tirando la pica con enfado
dio fulgentes relámpagos desnuda
en su diestra la espada puntiaguda.
El duro aragonés tiró su lanza
también a largo trecho, empuña y blande
el acero con garbo y con pujanza,
sin impedirlo que el caballo mande.
En la espada gran nombre el duque alcanza,
pues su destreza en esgrimirla es grande.

Sobre Aldana se arroja de repente,
amenazando aterrador fendiente.

Pararlo el español apenas pudo,
por más que amenazando una estocada,
cubrirse quiso con el ancho escudo
y soslayar un tanto la celada.

Del príncipe francés el golpe rudo
partió la altiva cresta empenachada,
y en el aire esparció las plumas rojas
como el otoño las marchitas hojas.

El corazón francés bañóse en gozo
con orgullo y francesa vanagloria.

Cundió por el palenque el alborozo,
juzgándolo presagio de victoria.

Y mientras contemplaba aquel destrozo
el duque, ufano de su esfuerzo y gloria,
repuesto Aldana, airado le acomete
de punta entre la gola y el almete.

Del príncipe acudió la ligereza,
y la espada destrísima interpola.

Entonces amenaza a la cabeza
el almirante, que apuntó a la gola,
y cambiando la acción con gran destreza,
aquella flor de lis, que aislada y sola
quedaba en el escudo, a tierra vino,
fuese casualidad o fuese tino.

No brama tan feroz el jarameño
que siente en la cerviz alta el estoque,
como el duque francés, viendo el empeño
de ultrajar su blasón en cada choque.

Del furor que lo abrasa no es ya dueño.
y antes que infernal fuego le sofoque,

anhela furibundo dar remate,
vencido o vencedor, a aquel combate.

Y tirando la espada cortadora,
que serpiente de acero, rueda un rato
en el polvo, la maza aterradora
alza en un vehementísimo arrebato.

Y acomete con rabia vengadora
al que a su escudo le robó el ornato.
Mas como anima al brazo ciego brío,
el furibundo golpe dio en vacío.

El normando corcel, blanco de espuma,
rendido a la durísima fatiga,
ya el grave peso del arnés le abrumba
y el acicate en vano lo castiga.

Mientras el cordobés, leve cual pluma,
obediente a la mano que lo obliga,
girando burla el golpe, y luego torna
y al inamovible guerreador trastorna.

Pero el bizarro aragonés, queriendo
no deber al caballo la ventaja,
también la maza bárbara esgrimando,
por derribar a su ofensor trabaja.

Y petral con petral se arma tremendo
golpear, que las piezas desencaja
de ambos arneses, retumbante suena
y de mortal pavor el circo llena.

De la maza del duque un resonante
golpe de lleno el alto capacete
abolló del hispánico almirante,
que cayera a no ser tan buen jinete;
aturdido vacila un corto instante.

Pero volviendo en sí, fiero arremete,

y la maza esgrimió con tal acierto,
que herido cayó el duque como muerto.
Resonó la armadura quebrantada
al dar en tierra el guerreador robusto.
La muchedumbre del asombro helada
lanza un gemido de dolor y susto.
Al ver la arena en sangre salpicada,
temblando en pie se pone el rey agosto.
No hay rostro que el espanto no marchite,
ni un solo corazón que no palpite.
Y crece aquel terror y desosiego
cuando descabalar al almirante
ven, y arrojarse, vengativo y ciego
a su contrario, en tierra palpitante;
y que el almete le desata luego,
y que con un cuchillo relumbrante,
que el paje negro le alargó, se apresta
a hacer la escena horrible aun más funesta.
Pero afligido, pálido, afanoso,
veloz arroja el cetro soberano
en la mitad del circo polvoroso,
y así trémulo, grita el rey anciano:
«Basta, basta. Mi cetro poderoso
a nadie escuda ni defiende en vano.
Yo ofrezco hasta mi vida por rescate
del infeliz rendido en el combate.
»Afortunado triunfador, yo empeño
mi palabra real, mi nombre agosto,
ya que del hijo, que idolatro, dueño
os hizo en esta lid el Cielo justo,
de daros de su vida en desempeño
cuanto anhelar pudiere vuestro gusto.

Pedid, pedid, satisfaceros fío,
y guardad como prenda el cetro mío».
Oyéndolo, suspende la venganza
el almirante noble, y el cuchillo
tirando, el cetro con respeto alcanza
del polvo, que ofuscaba su alto brillo.
Saluda al rey con plena confianza,
monta gallardo y grave en el tordillo,
y deja del estadio los confines
saludándole trompas y clarines.

EL RESCATE

Rey que palabra non cumple
Non debía de reinare
Ni cabalgar en caballo
Ni espuela de oro calzare.

Cancionero.

El rey de Francia en su trono
servido está y circundado
de príncipes, duques, pares,
de su reino dignatarios.

Y con ellos gravemente
trata sobre el grave caso
de la vida y del rescate
del príncipe desdichado.

Del duque de Normardía,
que aun convaleciente y flaco
de la herida peligrosa
y del golpe del caballo,
del dolor del vencimiento
y de haber visto rodando
por el polvo sus blasones
y su noble escudo en blanco,
melancólico silencio
guardó en el debate largo
en que opiniones distintas
con calor se ventilaron,
perdiendo un tiempo precioso
en discursos muy peinados
y en digresiones pomposas,
que nada determinaron.

Y en el instante en que ardía
más tenaz el altercado,
al aragonés Aldana
los maceros anunciaron.

Con el duque de Brabante
entra el español bizarro,
a los nobles consejeros
justo respeto inspirando,
y al duque de Normandía
tal horror y sobresalto,
que de azufre se dijera
su rostro desencajado.

Serio, grave y comedido,
entra en el salón despacio,
y con dignidad saluda
al augusto soberano.

Lleva la espada en la cinta
y el cetro puesto a su lado,
prenda de la real palabra
que el rey empeñó en el campo.

Ruégale el rey que se cubra,
y en un taburete alto
con su cojín y tapete
que tome asiento y descanso.

Hízolo por cortesía,
y por no ceder ni un paso
en las altas preeminencias
de su sangre y de su cargo.

Y tras de corto silencio,
muestra de mutuo embarazo,
de este modo el almirante
y el monarca egregio hablaron:

REY Almirante de Aragón,
de vos no estoy olvidado,
y habéis a verme llegado
en oportuna ocasión.
Tratábamos justamente
yo y mis fieles consejeros
la manera de ofreceros
un rescate competente.

ALMIRANTE Nunca lo dudé, señor.
Cuando se da una palabra,
hasta que se cumple, labra
el pecho donde hay honor.

REY Pues voy a cumplir la mía.
¿Admitís un noble estado
fecundo, rico y poblado
con castillo en Normandía?

ALMIRANTE Señor, cuando deseamos
los españoles tener
estado que poseer,
al moro lo conquistamos.
Cuanta tierra el cielo abarca
no admitimos, ¡vive Dios!
sin ganarla, ni de vos
ni de otro extraño monarca.

REY ¿Queréis, pues, que os pague en oro
el peso de mi hijo armado,
aunque empobrezca mi estado
y consuma mi tesoro?

ALMIRANTE Guardad, rey, tanta riqueza
para algún aventurero;
no se gana con dinero
a la española nobleza.

REY ¿Alto nombre, dignidad,
 mando, gloria, honra queréis?...

ALMIRANTE Cuanto vos me proponéis
 lo tengo con saciedad.

REY Si pudiera mi corona
 daros, con ella os brindara.

ALMIRANTE Puede que no la aceptara,
 aunque el ser vuestra la abona.

REY Con que cuanto digo es vano.
 y me confundo y me aflijo
 al ver que esté de mi hijo
 la existencia en vuestra mano.
 Pedid, ¿por qué os detenéis?...

 Pedid sin tino y medida,
 y pedidme hasta mi vida,
 Pues mi palabra tenéis.

ALMIRANTE Pido que su escudo quede
 blanco y liso cual está,
 y recuerdo le será
 de que a nadie pisar puede.
 Y yo en el escudo mío
 las cinco flores de lis
 que le arranqué en San Dionís
 y gané en el desafío,
 por blasón he de llevar;
 para perpetua memoria
 en que asegure la Historia
 que no me dejé pisar.

REY Almirante de Aragón,
 mi poder no alcanza a tal.
 ¿sabéis que escudo real
 esas flores de lis son?

ALMIRANTE Eso ¿quién lo duda?... ¿Quién?
Y debéis agradecido
estarme de que no os pido
vuestras tres lises también.
Las cinco que arranqué, vos,
rey de Francia, me daréis,
o al vencido entregaréis
sin remedio, ¡voto a Dios!
Herido el francés orgullo,
en altos gritos tornando,
impidió al rey dar respuesta
en un momento tan arduo.
El duque de Normandía
brama ronco y despechado.
y con el pie duro rompe
las tersas losas de mármol.
Y no falta en el consejo
quien corneta el desacato
de llevar hacia la espada
con ciego furor la mano.
Aldana de pie se puso,
cruzó en el pecho los brazos,
y con semblante tranquilo
desprecia aquel arrebató,
como desprecia el escollo
el furor del Océano
del huracán el empuje
y el embate de los años.
Confusión horrible reina
en el consejo de Estado;
todos hablan, nadie escucha;
perplejo está el soberano;

hasta que con gran reposo,
pero en acento tan alto,
que impuso a todos silencio,
y que retumbó en palacio,
por el duque de Brabante
sostenido y apoyado,
dijo decidido y firme
el aragonés gallardo:

ALMIRANTE Pues la palabra, señor,
que me disteis, no cumplís,
guardad las flores de lis,
pero perded el honor.
Este cetro es prenda mía,
y me lo llevo, y con él,
aunque lo escude el dosel,
al duque de Normandía.
Dijo, y tornó las espaldas,
a marchar determinado,
pero el duque de Brabante
le detuvo por el brazo.
Nuevo rencor se levanta
contra el almirante bravo,
y restablecer el orden
no consigue el rey anciano.
Mas como eran caballeros
los que allí estaban, al cabo
a los gritos de la honra
en despertar no tardaron.
Y la voz del condestable,
cuya ciencia y pelo cano
y gloriosas cicatrices
daba gran fuerza a sus labios,

manifiesta brevemente
que habiendo el rey empeñado
una palabra, cumplirla
era justo y necesario.

Que estaba el potente cetro
al cumplimiento empeñado,
y que no había de perderse
en las extranjeras manos,
que la honra no eran las lises,
fuesen veinte o fuesen cuatro,
sino cumplir las palabras
y atenerse a los contratos.

Estas razones sesudas
del esclarecido anciano
el tumulto y alboroto
mudo silencio tornaron.

Silencio que al punto rompe
el rey, el rostro bañado
de lágrimas de despecho
que sus mejillas quemaron.

Y prorrumpe de este modo.
hecho el corazón pedazos,
y con voz trémula y honda,
que era doloroso el paso:

REY

Almirante de Aragón.

las cinco flores de lis
ganadas en San Dionís,
os concedo por blasón.

Y liso quede el escudo
del duque de Normandía,
ya que por su estrella impía.
guardarlo de vos no pudo.

De dolor mal comprimido
resonó murmurio infausto.
y de púrpura y de azufre
los semblantes se bañaron.
El almirante, impertérrito,
subió, con desembarazo
las cuatro gradas del trono,
y le dijo al soberano:

ALMIRANTE Os vuelvo el cetro, Señor,
y sabed que no ha perdido,
el tiempo que lo he tenido,
su gloria ni su esplendor.

El duque, irritado y fiero,
dijo entre los cortesanos
que su padre no podía
inferirle tal agravio.

Y «C'est mal donné», gritaba
«C'est mal donné», despechado,
y oyéndolo el almirante
contestóle sin mirarlo:

ALMIRANTE Para que más satisfecho
mi honor hoy pueda quedar,
también quiero perpetuar
ese imprudente despecho.

Y aunque el de «Aldana» acatado
en toda la Tierra ha sido
desde hoy será el apellido
de mi estirpe «Maldonado».